

Gonzalo Celorio

Los rostros de la lengua

Eduardo Matos Moctezuma

Lengua milenaria, la española es uno de los principales idiomas de la cultura actual. Gonzalo Celorio ha reunido una colección de retratos de varios de los principales artífices de la expresión del pensamiento y la sensibilidad en castellano. Los siguientes comentarios fueron leídos en Bellas Artes por Eduardo Matos Moctezuma, autor de Muerte a filo de obsidiana, y por Federico Reyes Heróles, el novelista de El abismo.

Voy a comenzar por el final. Gonzalo Celorio nos dice en la última página de su libro *Del esplendor de la lengua española*, de la editorial Tusquets, lo siguiente:

Quiero terminar diciendo que el conocimiento de la gramática de nuestra lengua nos hace más conscientes de nuestra identidad porque la lengua en muy alta medida determina nuestro pensamiento, nuestra cultura y nuestra idiosincrasia. Esta consideración no es novedosa. Ya san Isidoro de Sevilla, en la España visigoda de finales del siglo VI y principios del VII, advertía en sus *Etimologías*—compendio del saber de su época— que hablaría primero de las lenguas y luego de las gentes porque —decía— las gentes nacieron de las lenguas y no las lenguas de las gentes. Pero en estos tiempos en que conmemoramos el segundo centenario del inicio de nuestra revolución de independencia, la aparición de la *Nueva gramática de la lengua española* podrá ayudarnos a saber y aquilatar con mayor hondura y precisión qué nos une a España y qué nos diferencia de ella y nos confiere una identidad propia. Una identidad reforzada por el hecho, no insulso, de que México es el país que cuenta con el mayor número de ha-

blantes de la lengua española. Una de cada cuatro personas que hablan español en el mundo es mexicana. No es poca cosa.

Las anteriores palabras son el colofón de un recuento de diversos personajes —veintidós para ser exactos— descritos en diversos escritos —veinte, para continuar con las exactitudes—, en los que el autor nos lleva por la vida y obra de literatos, antropólogos, historiadores, periodistas, en fin, es un libro escrito en pequeños capítulos, lo cual también se agradece pues en la ajetreada vida actual a veces no hay tiempo suficiente para sentarse a disfrutar de la lectura y, en este caso, este libro se goza al leerlo pues, además de darnos la semblanza de cada uno de los protagonistas, para nuestra fortuna el autor irrumpe de manera terminante en la vida y en ocasiones en la muerte de algunos de los personajes. El acercamiento que nos brinda Gonzalo sólo puede hacerlo alguien que, como él, está armado de profundos conocimientos literarios, históricos y filosóficos, además de manejar con destreza y soltura la pluma que nos transcribe el pensamiento y la razón de ser de cada uno



Gonzalo Celorio

de ellos. Hay que advertir algo importante: todos los escritos fueron leídos en veladas, homenajes, en fin, diversas efemérides en las que se recuerda a los destinatarios del escrito sin pasar por alto que uno que otro sirvió de epitafio al personaje en cuestión.

Para dar una idea cabal del contenido del libro, voy a hacer breves referencias de cada capítulo a manera de entremés, con el fin de despertar la curiosidad de los oyentes para que se animen a traspasar el umbral de la portada y penetren en el plato fuerte que el libro representa.

Comienza el autor con una figura relevante de nuestras letras: el cronista Artemio de Valle-Arizpe, de quien nos dice cómo, para su ponencia de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, escribió más de 80 páginas acerca de fray Servando Teresa de Mier. Nos recuerda Gonzalo cómo ambos personajes guardan afinidades en cuanto a la relación del biógrafo y el biografiado, o sea, entre el cronista histórico y el fraile predicador, además de percibir “una suerte de *poética narrativa* de don Artemio” (p. 17).

De Alfonso Reyes, hombre universal, señala Celorio por medio de cuatro apartados las lúcidas investigaciones que llevan a don Alfonso a entrar por la puerta grande de las letras de la Nueva España. En ellas alude a la raigambre indígena y a los aportes en lengua española que se dieron a lo largo de la Colonia. La lectura de Reyes primero y la lectura de Celorio después me

llevaron a recordar aquellos textos de Pedro Henríquez Ureña en donde estudia el romance, la música popular y el teatro en América y en México, los que incluí en la antología que preparé sobre el pensador dominicano bajo el título *Pedro Henríquez Ureña y su aporte al folklore latinoamericano*.

Continúa el libro con las palabras dedicadas a la escritora cubana “Dulce María Loynaz, una académica solitaria”, que Gonzalo pinta de cuerpo entero en el título mencionado. Resulta que una tarde, nuestro autor, acompañado de Hernán Lara y de una caja de bombones, van a visitarla a su casa en La Habana. Son aquellos momentos en que la revolución ha dado sus mejores logros y sus peores realidades. El transcurrir del tiempo pareció detenerse en el relato de aquel día inolvidable en que, entre pisos de mármol y perros plebeyos, transcurre el tiempo detenido en un piano de cola y aquella anciana que representaba el tiempo ido pero también el tiempo actual. Recibió muchos premios, pero quizás uno de sus mayores logros fue el de quedarse en su país en donde, finalmente, se le reconoció. Termina Gonzalo diciendo: “En Cuba, en La Habana, en su casona del Vedado, en su cama, murió Dulce María Loynaz poco tiempo después de nuestra visita. Descanse en paz. En Cuba” (p. 51).

No sé por qué, cuando Gonzalo habla de la literatura de Cuba o cuando leí su *Tres lindas cubanas*, me surge el espíritu antillano que me hace recordar la poesía de la negritud que canta el “Congo solongo del Songo” del poeta Nicolás Guillén; o la “Cuba —ñáñigo y bachata— / Haití —vodú y calabaza— / Puerto Rico —burundanga” del puertorriqueño Luis Palés Matos; o del venezolano Andrés Eloy Blanco, que nos brinda claroscuros en sus “Angelitos negros”.

Continuemos con nuestro relato. Toca el turno ahora a Bernardo de Balbuena y a Salvador Novo. Este texto fue leído por su autor en el centenario del nacimiento del segundo en el año 2004. ¿Qué es lo que une a ambos cronistas separados por 330 años de distancia? Ni más ni menos que la Ciudad de México. Balbuena nos da su *Grandeza mexicana*, en tanto que Novo nos regala su *Nueva grandeza mexicana*. También nos recuerda Celorio la presencia de Francisco Cervantes de Salazar cuando escribió *México en 1554*, referida a una ciudad que ya no existe en el presente. Se pregunta Gonzalo, siguiendo este hilo conductor, si la ciudad actual debe seguir siendo digna de encomio al estar “encarcelada por la inseguridad; uniformada por los grafiti que se han enseñoreado de bardas, edificios, esculturas, monumentos y hasta montañas; degradada por la creciente obscenidad de los anuncios publicitarios; estancada en sus vías de comunicación; amenazada por la violencia; adolorida por sus tragafuegos...”, y así nos sigue enumerando los males que la aquejan. Sin embargo, no pier-

de la esperanza y nos dice que habrá que buscar en ella una nueva grandeza mexicana (p. 63).

La admiración que provoca en Gonzalo la figura del historiador Edmundo O’Gorman es de sobra conocida. El texto que hace alusión a él lo leyó en el primer centenario de su nacimiento en 2006. En su escrito, Gonzalo alude a temas diversos como contarnos de la herencia que le legó don Edmundo, consistente en una gorra que le quedó grande y, con antelación, un candelabro destartalado —como dice el autor—. Con el historiador compartió horas de plática que rondaban acerca de las mujeres, la literatura, la historia... Y precisamente en estos dos últimos se centra el texto de Gonzalo. Su cercanía con don Edmundo, no tengo duda, lo llenó plenamente de las vivencias del historiador y supo de manera inteligente hacer suya la sabiduría que de él emanaba.

Como vamos a poder comprobar, los centenarios dan pie a Celorio para escribir de vivos y de muertos. En los casos de algunos de los personajes antes nombrados se trata de quienes ya pasaron el tamiz de la vida y llegaron al umbral de la muerte. Pero el caso de Andrés Henestrosa es diferente: se negaba a morir y así llegó al centenario apoyado en su bastón. “Andrés Henestrosa cumple hoy cien años —nos dice Gonzalo—. Cien años de cultivar el Árbol del Tule de la lengua. Cien años de dadas y de buen humor, de buen humor y de buen amor. Cien años de gozo. Cien años de juventud. Cien años de compañía. Felicidades, Andrés” (p. 75).

Figura singular de nuestras letras y de la historia es, sin lugar a dudas, José Luis Martínez. Sus aportes en ambos casos se unen para darnos pasajes por los que ha transitado el país. Gabriel Zaid lo considera el *curador* de las letras mexicanas. Para Gonzalo Celorio, su presencia “en la vida cultural del país ha sido constante y es absolutamente necesaria” (p. 81). Recuerda Gonzalo aquel día en que asistió en silla de ruedas al Palacio de Bellas Artes en el homenaje al centenario ya citado de Andrés Henestrosa y dos semanas más tarde asistía a la presentación de un libro que habla de mi vida como arqueólogo en el Templo Mayor. De todo ello señala nuestro autor:

Cada una de estas apariciones recientes, que han burlado el quebrantamiento de su salud, es una muestra clara de otras tantas cualidades de José Luis Martínez, cultivadas a lo largo de los años: su solidaridad con el amigo y compañero, su inmarcesible curiosidad por la historia de México y su amor por la Academia Mexicana de la Lengua, que dirigió durante veintidós años con probidad y entrega y a la que le ha dedicado sus mejores afanes para beneficio de todos nosotros que, sabiéndonos impares, nos enorgullecemos de pasar como sus pares (p. 82).

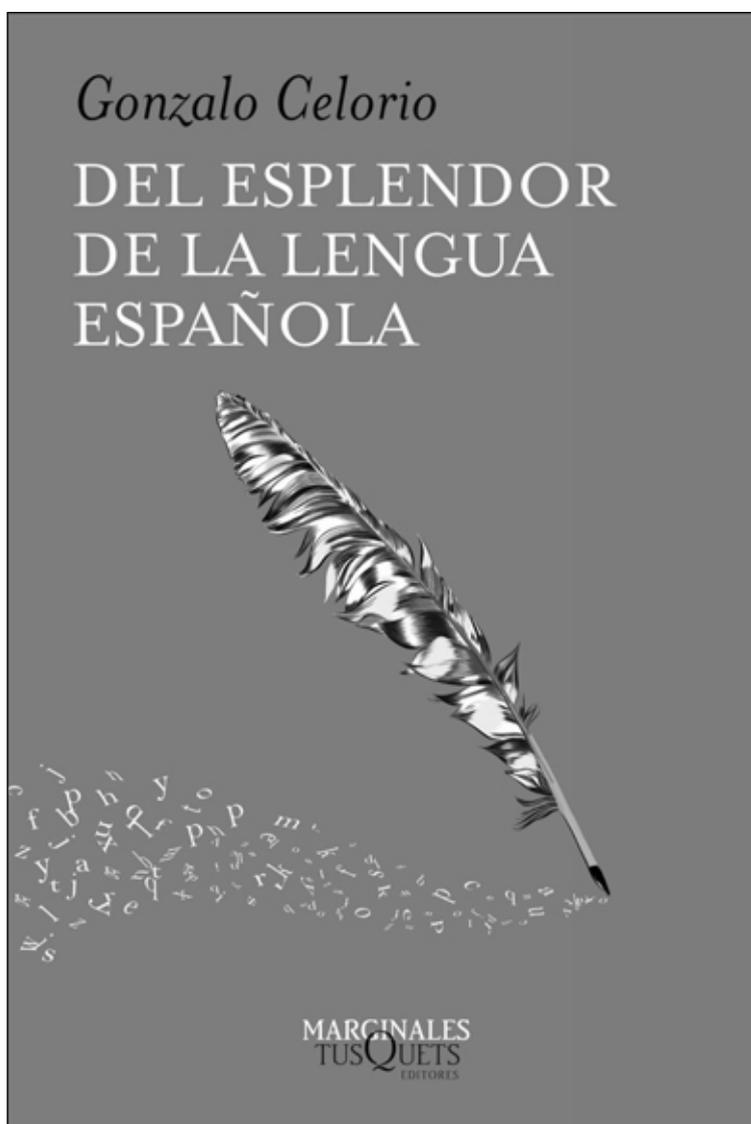
Los dos siguientes apartados están dedicados a Eulio Ferrer y a Tito Monterroso. La figura del primero

está ligada, indisolublemente, a la eterna presencia de Don Quijote. La de Augusto nos lleva a diversas expresiones de la vida. Eulio Ferrer sueña con Don Quijote; Tito sueña con dinosaurios. Eulio llegó de la España herida y se transformó en un Quijote del Nuevo Mundo, como lo llama nuestro autor; Tito vino de su natal Honduras y nos heredó el cuento más corto del mundo. Ambos, sin quererlo, están unidos bajo esta tierra que los cobijó y los hizo profundamente nuestros.

He aquí, en pocas palabras, el retrato de un ser excepcional: José Rogelio Álvarez:

Saco de *tweed*, corbata de moño, bigotes altivos, José Rogelio nos recibió con su elegancia habitual el viernes 4 de febrero a las 2:30 de la tarde. Su lucidez no padeció ningún tropiezo a lo largo de la tertulia y su prodigiosa memoria fluyó, como de costumbre, a través de una sintaxis impecable y de un vocabulario generoso y preciso, algunas de cuyas palabras, con su muerte, acaso nunca vuelvan a pronunciarse como voces vivas.

Cada mes nos recibía en su casa que era el lugar de reunión de la Tertulia del Convento. Allí pasamos plácidas horas hasta que, un día, murió a los 88 años de edad.



La Tertulia sigue adelante y su presencia es constante pues la muerte no puede borrar el pensamiento de un hombre sabio... (p. 91).

Hermanar a un escritor y a un músico no es cosa fácil. Pese a esto, Gonzalo Celorio emprende el reto y ve el punto de unión de Antonio Alatorre y de Carlos Prieto, que no es otro que referirse al libro de Antonio *Los 1,001 años de la lengua española* y al de Carlos *Cinco mil años de palabras*. Los milenios en que se enfrascan los dos autores tienen un común denominador: tratan de la lengua o de las lenguas, de su origen, pasión y muerte de algunas de ellas. Más aun, Carlos Prieto se inspira en la obra de Alatorre para crear la suya y va más allá: le pide que revise el manuscrito para que dé el *imprimatur*. Y allí están estos dos libros que son aportes señalados para el conocimiento de la lengua española y de otras lenguas del mundo...

Mucho habría que decir de Rubén Bonifaz Nuño. En 1977 se rindió un homenaje nacional al poeta y tra-

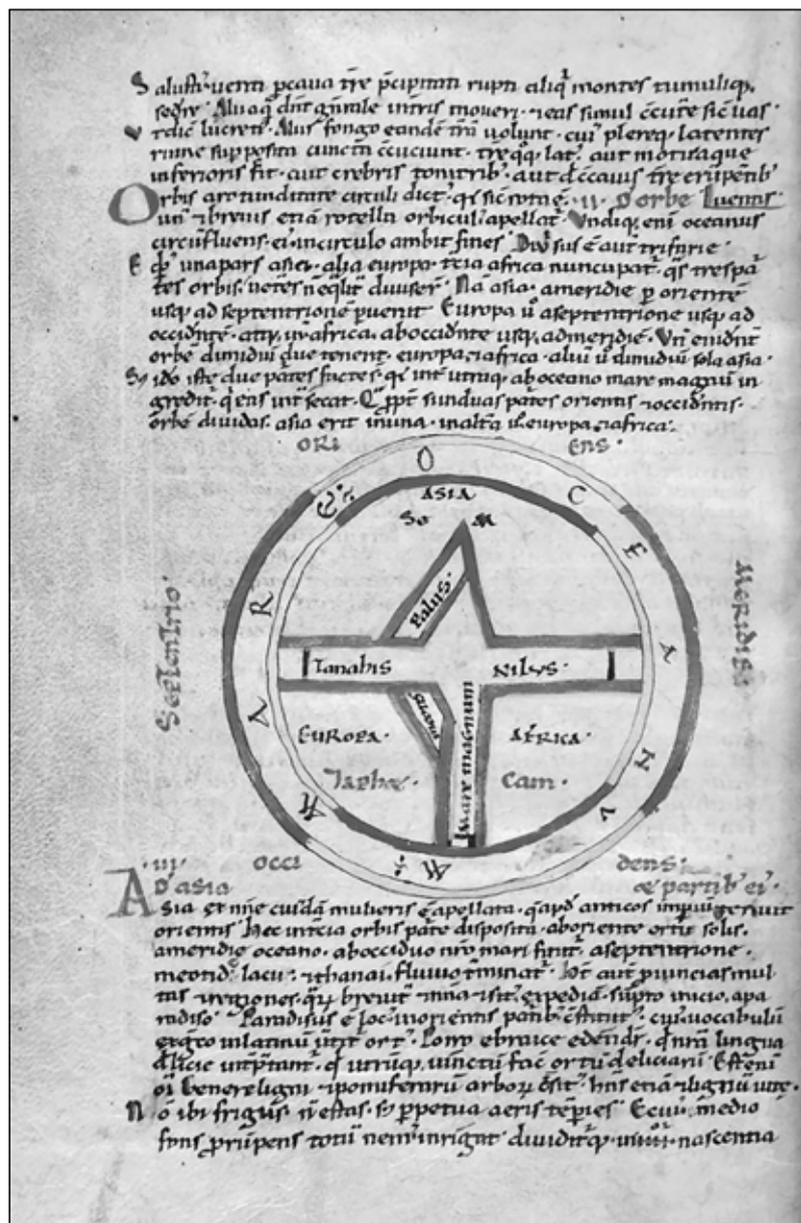
ductor de clásicos. Fue Gonzalo Celorio quien dijo palabras elocuentes de Rubén enfocadas principalmente a las traducciones y nos deja ver su asombro ante lo que califica como “la versión rítmica a nuestra lengua de la *Iliada*, el mayor poema de la literatura griega y acaso de la literatura universal” (p. 111). Al final de la presentación, nos brinda una clara imagen del homenajeado del que dice:

Rubén Bonifaz Nuño, humanista, latinista, universitario, profesor sin aula, poeta amargo y feliz, serio hasta la leontina y risueño hasta la carcajada, niño con fistol y adulto con juguetes, estudioso de los clásicos y defensor de los indios, catador de vinos franceses y erudito en tacos y tostadas de pata. Prometeo de los pobres, alburero de amor, enamorado hasta el tuétano y amigo hasta el duelo; del mismo modo lo mismo, siempre diré, ante la adversidad, “al mal tiempo, Bonifaz” (p. 113).

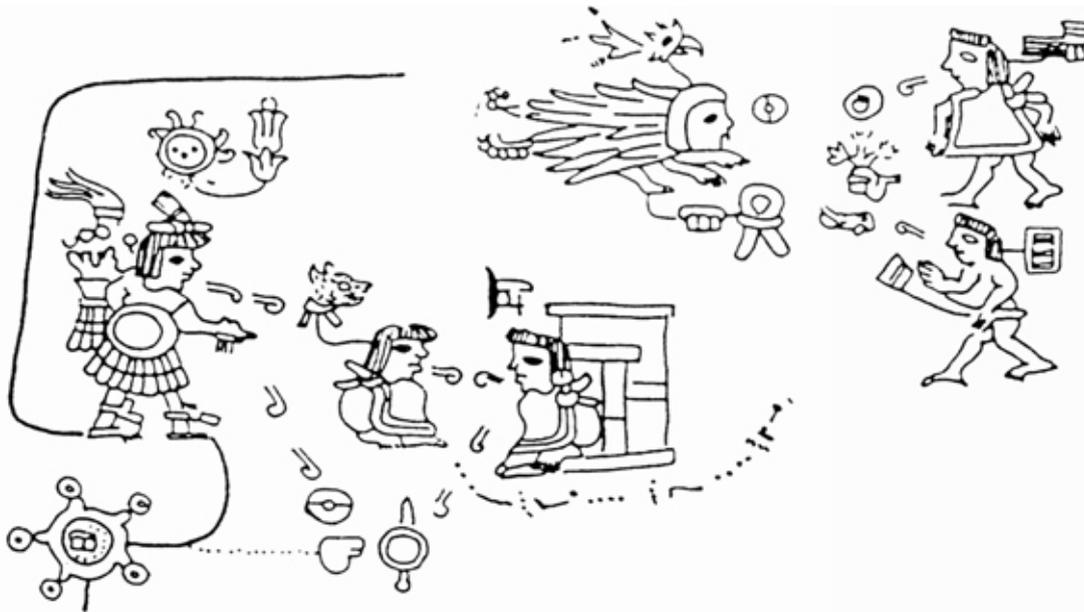
La presencia de Margit Frenk en la investigación, la docencia y la vida cultural de México queda demostrada en las palabras que Gonzalo hace cuando Margit cumplió noventa años. Confiesa Celorio que el timbre y la mirada fue lo primero que percibió en ella cuando la conoció hace casi cincuenta años. Este revelador capítulo nos habla de muchas cosas que vivió Margit y mucho de lo que nos ha entregado por medio de su trabajo. Un tema llamó mi atención y lo transcribo tal cual lo menciona el autor: “Margit fue capaz de poner en un lenguaje claro y diáfano, como su mirada y su voz, los rudimentos de la lengua y la literatura para hacerlos accesibles a los niños de primaria” (p. 119). Y aquí está, con su mirada y su voz, pero también con su talento...

A Carlos Fuentes dedica Gonzalo el siguiente apartado, que es el prólogo que escribió para la edición conmemorativa de *La región más transparente*, cuando Carlos cumplía ochenta años y la novela cincuenta de su primera edición. En la lectura del prólogo transitamos a través de la literatura latinoamericana y sirve como un magnífico compendio de la misma. Comienza con Borges y sigue con Alfonso Reyes y Octavio Paz y muchos más que supieron unir a la buena literatura los temas de la ciudad. No olvida a los cronistas del pasado como Bernal Díaz del Castillo y Francisco Cervantes de Salazar y llega al siglo XIX con José Joaquín Fernández de Lizardi y *El periquillo sarniento*. En fin, considera que *La región más transparente* es “la novela que abrió las puertas a la modernidad para que, por su generoso vano, pasaran las generaciones sucesivas” (p. 136).

Hugo Gutiérrez Vega ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua en esta misma sala el 11 de septiembre del año 2012. El tema presentado fue acerca del jerezano Ramón López Velarde. La respuesta y bienvenida la leyó Gonzalo Celorio y en ella se expande hur-



San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, siglo XII



Códice Xolotl, lámina IX

gando dentro de los destellos luminosos de Hugo, de su prosa y de su poesía.

El 12 de agosto del año 2013 falleció en la Ciudad de México José G. Moreno de Alba. Un año después se conmemoraba el primer aniversario de su muerte en el auditorio del Museo Rufino Tamayo en sesión solemne de la Academia Mexicana de la Lengua. En las palabras que en aquella ocasión correspondió decir, nuestro autor abundó en los significativos aportes del académico que dio lustre a la Universidad y a la Academia Mexicana de la Lengua de la que fue director. “Con su muerte —señala Gonzalo—, se me traba la lengua, enmudezco. Soy yo, que estoy de luto. Pero también ella, la lengua, está de luto. Se traba y enmudece” (p. 157).

Otro homenaje que se llevó a cabo al año de su fallecimiento fue el realizado por la Academia de la Lengua el 11 de octubre de 2011 en honor de Miguel Ángel Granados Chapa. Una vez más, Gonzalo toma la palabra y hace una semblanza en la que resalta aspectos insospechados del periodista y escritor, en especial aquella que atañe a su gusto por las canciones populares y también por algunas poesías del siglo XIX. Entre Miguel Ángel y el mismo Celorio recorren el velo que deja ver los boleros que están allí para ser escuchados pero también vividos.

El salvaje en el espejo es uno de los libros que más identifica al antropólogo y sociólogo que es Roger Bartra. En la presentación del libro que acababa de salir, Gonzalo lo considera como un clásico en el que su autor cabalga entre América y Europa. Su lectura, no cabe duda, abre nuevas perspectivas a la investigación y a la imaginación de todos aquellos que emprendan el repaso de sus páginas, donde podrán leer cómo “esos rudos conquistadores habían traído su propio salvaje para evitar que su ego se disolviera en la extraordinaria otredad que estaba descubriendo” (citado por Celorio, p. 167).

El 28 de enero del año pasado ingresaba Rosa Beltrán a la Academia Mexicana de la Lengua. Fue en este mismo recinto y correspondió a Gonzalo Celorio dar respuesta a su ponencia de ingreso, que versó sobre la obra de Nellie Campobello. Con emotivas palabras nuestro autor hacía una exégesis de las palabras de Rosa y como muestra he escogido este párrafo que enaltece a la académica entrante: “Del inteligente y reivindicatorio discurso de Rosa Beltrán quiero destacar en primer lugar —por su originalidad, por su carácter controversial y por la relativa escasez de trabajos alusivos—, la importancia de la elección del tema: la escritora duranguense Nellie Campobello, a cuya obra le ha ocurrido, dos siglos y medio después —y toda proporción guardada—, algo similar a lo que le sucedió a la de sor Juana Inés de la Cruz” (p. 172).

Cuando Víctor García de la Concha recibió en el año 2012 el doctorado *Honoris Causa* en el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara, se le pidió a Gonzalo Celorio hacer el *laudatio* del galardonado. Como parte del mismo, el autor dijo entre muchas otras cosas: “Es un reconocimiento a la enorme solvencia académica que le ha permitido cumplir de manera excelente esa función administrativa en pro de la unidad de la lengua, bajo la premisa del respeto a su diversidad. Tal es, por cierto, el principio —unidad en la diversidad— en el que se cimienta la palabra *universidad* con la que se designa a una institución como la que hoy le confiere el doctorado *honoris causa*” (p. 183).

El libro termina con lo que leí al principio. Es un compendio de cualidades y rostros diferentes que asoman en sus páginas con palabras que trascienden el tiempo. El escritor que aquí nos convoca supo, con pluma ágil, llevarnos por senderos de historia, de literatura, a través de las semblanzas de protagonistas que han dado lustre al esplendor de la lengua española...